

SOCIALISMO Y CIENCIA

► Friedrich
August
Von
Hayek

CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS | 6





SOCIALISMO Y CIENCIA

► Friedrich
August
Von
Hayek

CLÁSICOS
CONTEMPORÁNEOS | 5

SOCIALISMO Y CIENCIA

► Friedrich
August
Von
Hayek

CEDICE LIBERTAD,
PRIMERA EDICIÓN, 1985
SEGUNDA REEDICIÓN, 2019

DL: DC2019001497
ISBN: 978-980-7118-73-6

COLECCIÓN CLÁSICOS CONTEMPORÁNEOS

COORDINACIÓN GENERAL

Rocío Guijarro

TRANSCRIPCIÓN

Amalyn Pérez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Eylin Serrano

© Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

Caracas, Venezuela 2019

Está permitida la reproducción de esta publicación, citando la fuente y con autorización previa del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

 +58 212 571.3357

 cedice@cedice.org.ve

 @cedice

Av. Andrés Eloy Blanco (Este 2) Edificio Cámara de Comercio de Caracas. Nivel Auditorio
Los Caobos, Caracas, Venezuela.

PRESENTACIÓN |



CEDICE LIBERTAD celebra 35 años de trabajo en favor de la libertad individual, la iniciativa privada, la libre empresa, el respeto al derecho a la propiedad, el gobierno limitado y la búsqueda de la paz, un reto asumido que sigue guiando su labor en pro de la transformación de Venezuela.

Fue en 1984, cuando 40 venezolanos: empresarios, intelectuales y profesionales de distintas disciplinas decidieron fundar la organización para promover la transformación de la sociedad e insertar al país en la dinámica mundial, para ello consideraron fundamental divulgar las bondades de la libertad económica, la ética, la acción humana, la doctrina del liberalismo, como base para sociedad de ciudadanos libres y responsables.

| 5

En ese momento –y aún lo creemos fervientemente, con un trabajo sólido que mostrar en 35 años- que transmitir, educar, generar conocimiento y divulgar las ideas de una sociedad libre sigue siendo fundamental, ahora más que nunca

Desde entonces se han desarrollado las más diversas actividades. En cada uno de los programas que lleva adelante la institución, porque el compromiso con una Venezuela libre está sellado, ya que creemos firmemente, en que la única alternativa para nuestro país es la democracia liberal, para lograr pleno disfrute de la libertad individual en un sistema basado en la cooperación voluntaria.

Apoyo fundamental en los inicios de CEDICE, para la divulgación de las ideas fue **El Diario de Caracas**, uno de los medios de comunicación más comprometidos con estos principios, en ese momento dirigido por el miem-

bro fundador Carlos A. Ball M., empresario, intelectual liberal, preocupado siempre por el orden social de la libertad, para eliminar la pobreza y a quien hacemos un merecido reconocimiento con esta publicación. Este diario difundía semanalmente los libros que vendía la librería de Cedice, artículos de opinión de intelectuales vinculados a la institución y los domingos aparecían desplegados los **Clásicos Contemporáneos**, textos y documentos de autores clásicos y modernos que contenían ideas transformadoras para una sociedad de progreso y bienestar. Estos materiales no han perdido vigencia a pesar del tiempo, pues por ello son clásicos y de allí que en el marco de este 35 aniversario hemos querido poner en manos de los lectores interesados en estas ideas, especialmente de los más jóvenes.

El impacto en las comunidades de estos artículos, fue el origen de la primera edición de **Clásicos Contemporáneos** en 1985. Un volumen que reunía treinta ensayos de esta sección publicada en El Diario de Caracas que colocaba temas de importancia de diversos autores y que eran poco conocidos en el país.

Treinta y cinco años el país vive una profunda crisis económica, social, política, ya advertida en estos ensayos que conforman los Clásicos Contemporáneos; sin embargo, la tarea de Cedice Libertad y el compromiso por seguir trabajando para que todo cambie, sigue intacto.

6 | Es por ello que se ha hecho una selección para publicar de manera digital de doce de estos ensayos que consideramos fundamentales para el momento que vive el país, convencidos que su lectura, será propicia para conocer más las ideas de estos pensadores además de su claridad, calidad y capacidad para comprender los fenómenos sociales, cuando se atenta contra la libertad del individuo.

La selección de **Clásicos Contemporáneos**, contiene artículos de Friedrich von Hayek, Milton Friedman, James Buchanan, Ludwig von Mises, Paul Johnson, Robert Nisbet, Henry Hazlitt, Luigi Einaudi, Ernest van Den Haag, Murray Rothbard y Enrique Auvert. Pronto estaremos completando la colección con los demás ensayos que se publicaron.

Esperamos con este aporte contribuir al debate de las ideas, que lleven a Venezuela a insertarse en el mundo donde la vida, la libertad y la propiedad son la base para el desarrollo y la prosperidad.

El Consejo Directivo

BREVE BIOGRAFIA |

► Friedrich August Von Hayek
1899
1992

Filósofo, jurista y economista nacido en Viena. Premio Nobel de Economía en 1974. Tiene una profunda influencia en el desarrollo de la Teoría Económica, la Filosofía Política, el Derecho, la Psicología y la Metodología Científica. Pero su más extraordinaria contribución ha sido su apoyo intelectual y moral a la sociedad libre. recibió la Medalla Presidencial de la Libertad de Estados Unidos en 1991.

Entre sus obras publicadas se encuentran: *La teoría monetaria y el ciclo económico* (1929), *Precios y producción* (1931), *Economía y conocimiento* (1936), *La teoría pura del capital* (1941), *Camino de servidumbre* (1944), *Individualismo y orden económico* (1948), *La contrarrevolución de la ciencia. Estudios sobre el abuso de la razón* (1952), *El orden sensorial. Los fundamentos de la psicología teórica* (1952), *El capitalismo y los historiadores* (1954), *Los fundamentos de la libertad* (1960), *Derecho, legislación y libertad* (1973, 1976, 1979. 3 vols.), *La desnacionalización del dinero* (1976), *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo* (1988)

SOCIALISMO Y CIENCIA es un ensayo que nos ofrece una muestra de su pensamiento y de su genio, sus ideas tienen absoluta vigencia en los tiempos que vivimos.

SOCIALISMO Y CIENCIA

| Friedrich August Von Hayek ▲

1

El socialismo se relaciona con la ciencia de varios modos. De ellos probablemente el menos interesante en nuestros días es aquel para el que el marxismo reivindica el nombre de "socialismo científico", y según el cual, por una necesidad interna, y sin que los hombres pongan mano en ello, el desarrollo del capitalismo conduce al socialismo. Puede que todavía impresione a algunos novicios, pero apenas es tomado ya en serio por los pensadores solventes de ninguno de los dos campos. Desde luego, los socialistas no obran como convencidos de que la transición del capitalismo al socialismo vaya a ser el producto de una ley ineluctable de la evolución social. Son ya pocos los que creen en "leyes históricas", y desde luego, la experiencia ha refutado las predicciones de Marx sobre el futuro del capitalismo.

| 9

Otro factor que relaciona ciencia y socialismo, es la innegable propensión de los formados en las disciplinas científicas y técnicas a preferir un orden creado deliberadamente a los resultados del desarrollo espontáneo, actitud muy influyente y extendida que con frecuencia hace atractivos para los intelectuales los esquemas socialistas. Se trata de un fenómeno muy difundido e importante que ha tenido un profundo efecto en el desarrollo del pensamiento político. Pero ya me he ocupado en diversas ocasiones de ambas actitudes, a las que he llamado respectivamente "cientificismo" y "constructivismo", y no quiero volver aquí sobre ellas.

2

Lo que hoy quiero examinar es el modo tan curioso que la mayoría de los socialistas tienen de proteger sus doctrinas de la crítica científica, pretendiendo que sus diferencias con sus contradictores son de un carácter que excluye la refutación científica. Y es indudable que muchas veces consiguen dar la impresión de que cualquier utilización de la ciencia para criticar las propuestas socialistas es *ipso facto* prueba de prejuicio político, ya que las diferencias se basan exclusivamente en juicios de valor, algo que según las reglas del método científico no es lícito y resulta casi indecente introducir en las discusiones científicas.

Dos experiencias me han llevado a sentirme desde hace tiempo impaciente con tales pretensiones. Una es que no solo yo, sino la mayoría de los economistas libertarios contemporáneos fueron llevados a la economía por sus más o menos acentuadas creencias socialistas – o al menos por la insatisfacción con la sociedad existente- y solo los estudios económicos los convirtieron en anti-socialistas radicales. La otra es que mis diferencias con mis colegas socialistas sobre determinadas cuestiones de política social se refieren siempre, no a divergencias en materia de valores, sino a los efectos reales de unas medidas muy concretas.

10 | Es cierto que tales discusiones conducen muchas veces a discrepancias sobre la magnitud probable de los efectos de las diversas medidas, aspecto sobre el que ambas partes deben con frecuencia admitir que carecen de prueba concluyente. También yo he de aceptar que mi convicción de que el sentido común respalda sin duda mi postura, tropieza a menudo con un convencimiento no menos profundo en mis contradictores.

3

Pero, al repasar la historia de los resultados de la aplicación del análisis científico a las propuestas socialistas, me parece evidente que no solo ha quedado demostrado que los métodos que preconizan no pueden conseguir lo que prometen sino que los diversos valores a los que es-

peran o pretenden servir no pueden ser realizados a un mismo tiempo por ningún sistema concebible, por ser contradictorios entre sí.

Empezaré por considerar la segunda de estas cuestiones, que en el estado actual de la discusión me parece la más interesante, no solo porque su examen me obligara a aclarar ciertas confusiones sobre la inadmisibilidad de los juicios de valor en las discusiones científicas que han servido con frecuencia para tachar a los argumentos científicos contra el socialismo de inadmisibles o sospechosos, sino porque suscitará cuestiones tan importantes como descuidadas que afectan la posibilidad del tratamiento científico de las convicciones morales. Los economistas, a quienes a diario se le plantea el análisis de los conflictos del valor que toda actividad económica tiene que resolver a cada paso, han solido rehuir el enfrentamiento franco y sistemático con esa tarea, como si temiesen mancillar su pureza científica al ir más allá de los problemas de causa y efecto y valorar críticamente la idoneidad de ciertas medidas que hoy gozan del respaldo popular. Suelen afirmar que ellos solo pueden "postular" valores, sin examinar su validez: aunque al dar por sentado que cuanto se haga en beneficio de los sectores víctimas de supuestas "injusticias" es bueno, no acostumbran a mencionar esa limitación.

En esta materia hay que andar con pies de plomo y ser incluso pedante en la elección de los términos a emplear, no solo porque realmente existe el peligro de deslizar de modo inadvertido e ilegítimo juicios de valor en una discusión científica, sino porque la mayoría de quienes defienden ideales socialistas acostumbran utilizar la ilicitud de los juicios de valor como una especie de paradójico mecanismo de defensa de su credo, y están constantemente en guardia para coger en falta a sus críticos. Recuérdese el partido que han sacado de ciertos pasajes de la obra del más importante de los críticos científicos del socialismo, Ludwig von Mises, en los que calificaba al socialismo de "imposible". Es evidente que lo que quería decir era que los métodos propuestos por los socialistas no podrían conseguir lo que el socialismo se propone. Podemos obrar como nos plazca, pero lo que se discute es si esa conducta tendrá los efectos que se dice está destinada a lograr, y esto es sin duda una cuestión científica.

4

Permitaseme, pues sentirme pedante y tratar de exponer con precisión qué clase de juicios de valor son o no admisibles en una discusión científica. Hemos de partir del axioma lógico de que unas premisas que contengan solo proposiciones acerca de causas y efectos, no nos permiten sacar conclusiones, sobre lo que debe ser. Evidentemente, de ese tipo de proposiciones no se deriva consecuencia alguna para la acción mientras no sepamos, o acordemos, qué consecuencias son deseables o indeseables. Pero desde el momento en que incluimos entre las premisas aceptadas alguna afirmación sobre la conveniencia o la nocividad de las diferentes consecuencias o fines de nuestros actos, cabe derivar de ellas toda suerte de normas. Solo podemos discutir en serie sobre cuestiones públicas con personas con las que compartimos ciertos valores, y cuando esto no ocurre, dudo incluso que podamos comprender plenamente a nuestro interlocutor. Quiere esto decir que en la inmensa mayoría de las discusiones, será en principio posible demostrar que algunas de las medidas defendidas por una persona son inconsecuentes o irreconciliables con otros aspectos de su pensamiento.

12 | Esto me lleva a una diferencia fundamentalísima en las actitudes generales hacia los problemas morales que parece característica de las posturas políticas hoy más vigentes. El conservador suele sentirse satisfecho de su fe en unos valores absolutos; yo se la envidio, pero no puedo compartirla. El destino del economista es encontrar a cada paso auténtico conflictos de valor, y en estudiar la manera de resolverlos consiste su tarea profesional. No pienso aquí tanto en los naturales conflictos entre los valores mantenidos por las diferentes personas o en la distancia entre ellos como en los conflictos y lagunas que se dan dentro del propio sistema de valores de cada persona. Por poco que nos guste, nos vemos obligados a reconocer a cada paso que no existen valores absolutos, ni siquiera la vida humana, que tantas veces estamos dispuestos u obligados a sacrificar por algún otro valor más alto, aunque solo el de salvar otras muchas vidas.

Pero ni los libertarios ni los auténticos liberales –no esos socialistas rosáceos que como decía Josef Schumpeter, “ a manera de supre-

mo pero involuntario homenaje"... han creído conveniente adueñarse de aquella etiqueta- caen por eso en el extremo opuesto de creer, como los socialistas, que pueden construir sobre premisas hedonistas, algún nuevo sistema de moral, que les gusta porque piensan que aumentaría al máximo la felicidad humana, pero que, de hecho, solo responde a instintos primitivos heredados de la sociedad tribal. Aunque el liberal debe reclamar el derecho a examinar críticamente cualquiera de los valores y normas morales de su sociedad, sabe que puede y debe hacerlo aceptando a la vez para ese fin, como algo dado, la mayoría de los otros valores morales de su sociedad y examinando aquel sobre el que duda por referencia a su compatibilidad con el resto del sistema de valores vigente.

Nuestra tarea moral debe consistir en una lucha permanente por resolver los conflictos éticos y llenar las lagunas de nuestro código moral, un deber que solo podremos cumplir si comprendemos y hacemos nuestro ese orden de paz y mutua adaptación de esfuerzos que es el valor último a que apunta nuestra conducta moral. Nuestras normas morales deben ser objeto de continuo contraste y acomodación no solo para eliminar los conflictos directos entre ellas, sino para hacerlas servir a un mismo orden funcional de la acción humana.

5

Las tareas morales son siempre individuales, y el progreso moral de ciertos grupos, resultado de la adopción por sus miembros de las normas más idóneas para la conservación y el bienestar generales. El progreso moral exige la experimentación individual, y en especial que dentro del marco limitado de normas abstractas, el individuo sea libre de usar su entendimiento para sus propios fines. A este principio de la responsabilidad personal por nuestros actos u sus consecuencias y de la libertad para perseguir fines propios y no tener que obedecer al jefe del grupo al que pertenecemos, se debe al desarrollo de lo que llamamos civilización. Ciertamente que nuestras creencias morales se encuentran aún bastante divididas, como en otra ocasión he tratado de demostrar, entre los instintos heredados de la horda primitiva y

las normas de conducta que han hecho posible la sociedad abierta. Pero la moral que hace responsable a todo adulto capaz de cuanto se refiere a su bienestar y el de su familia, sigue siendo la base de la mayoría de los juicios morales sobre nuestros actos y el marco indispensable para el funcionamiento pacífico de una sociedad completa.

Llamémoslo o no ciencia, el análisis objetivo de esas creencias básicas en las que descansa nuestra moral vigente, y sin cuya aceptación es imposible entenderse en cuestiones morales –me refiero al reconocimiento de la responsabilidad individual y de los principios generales en los que basamos nuestra estima de los actos ajenos-, no puede dejar duda de que son irreconciliables con la exigencia socialista de una redistribución forzosa de las rentas por vía de autoridad. Tal asignación de una determinada cuota, basada en la opinión de una autoridad sobre los méritos o necesidades de las diferentes personas, es inmoral, no porque yo lo diga, sino porque se halla en conflicto con valores básicos compartidos con quienes preconizan esa medida. El mero hecho de que la ética generalmente aceptada carezca de soluciones igualmente reconocidas para los conflictos de valores que surgen en esta esfera es de enorme importancia para los problemas políticos que en ella se plantean y para la evaluación moral del uso de la coerción con el fin de imponer una solución determinada.

6

Que la planificación económica colectiva, que solía creerse exigía la nacionalización previa de los medios de producción, conduce inevitablemente a la tiranía totalitaria es algo que ha llegado a ser reconocido de manera bastante general en Occidente desde que, en *Camino de servidumbre*, analicé ese proceso con algún detalle hace más de cuarenta años. No sé si en parte por esta razón, o bien porque los socialistas fueron reconociendo la incurable ineficacia económica de la planificación central –sobre la que tendré que decir algo más tarde- o simplemente porque descubriesen que la redistribución mediante los impuestos y las subvenciones con destinatario concreto era un método más fácil y rápido para conseguir sus

fines, lo cierto es que los partidos socialistas occidentales han ido abandonando sus exigencias más obviamente peligrosas en materia de planificación económica. Los doctrinarios izquierdistas de ciertos países y los partidos comunistas, persisten en ese propósito, y, por supuesto, podrían en algún momento llegar al poder; pero los líderes supuestamente moderados que hoy dirigen la mayoría de los partidos comunistas del mundo libre pretenden –o al menos eso dicen los medios de información– que, como buenos demócratas, no piensan ni por asomo seguir aquel camino.

Pero, ¿podrán cumplir con esa promesa? No pretendo dudar de su buena fe, pero sí y mucho, de su capacidad para combinar sus propósitos de plena distribución estatal de la riqueza con el mantenimiento a largo plazo de un mínimo de libertad personal, aun cuando lograsen conservar las formas de la democracia. Es cierto que el nuevo socialismo “frío” ha frenado mucho el proceso predicho por mí. Pero, ¿podrá evitarlo a la larga? Hay fuertes razones para temer que no.

Para conseguirlo, el Gobierno tendría que asegurar la conservación de los mecanismos del mercado, pues de ello depende la posibilidad de competencia, única que puede determinar los precios de todos los productos y factores de producción, que son a su vez la sola guía de confianza para la producción; y al mismo tiempo tendría que manipular al menos los precios del trabajo (incluidos los del agricultor y otros “empresarios autónomos”), a fin de complacer las demandas de una remuneración “justa” o “equitativa”. Satisfacer plenamente ambas exigencias es imposible. A lo más que puede aspirar el Gobierno es a una suerte de compromiso, absteniéndose de muchas de las injerencias en el mercado que serían necesarias si quisiera satisfacer, aunque solo fuese aproximadamente las demandas más acuciantes. Pero es políticamente imposible que un gobierno se pliegue a las exigencias del mercado una vez que ha empezado a manipular sus resultados en favor de ciertos grupos. Cuando ha aceptado una y otra vez intervenir en el mercado a favor de determinados grupos, un gobierno democrático no puede ya negarse a hacer lo mismo en favor de todos aquellos de cuyos votos depende. Aunque el proceso pueda ser lento, el Gobierno que em-

pieza a controlar algunos precios para responder al concepto popular de la justicia se verá llevado paso a paso a controlarlos todos, y, puesto que ese control disloca los mecanismos del mercado, a centralizar la economía. Aun cuando quienes forman ese gobierno pretendan no recurrir a la planificación central, si persisten en lograr una distribución "justa" se verán obligados a emplear el único método que permite fijar las remuneraciones con arreglo a un plan (aunque no hacerlas justas), es decir, la dirección centralizada y con ella arrastrados a un sistema en esencia totalitario.

7

Costó mucho tiempo convencer a los socialistas de la ineficacia de la planificación central, y para los pragmáticos, lo decisivo no fueron probablemente los argumentos, sino el ejemplo ruso. En cuanto a los teóricos, solo muy lentamente se retiraron de la postura adoptada por los fundadores del marxismo y mantenida por la mayoría de sus más destacados seguidores hasta hace cincuenta años; y lo hicieron con gran astucia, consiguiendo, a medida que abandonaban sus posiciones y buscaban nuevas soluciones para el problema, dar la impresión de que habían rechazado victoriosamente todos los ataques.

16

La verdad es, para empezar, que los fundadores del socialismo, incluidos Marx y Engels, ni siquiera llegaron a comprender que cualquier dirección centralizada del apartado productivo exigía, si se quería emplear útilmente los recursos, un cálculo en términos de valor. Como dijo Friedrich Engels, el plan social de producción "será fijado de manera muy simple, sin la intervención del famoso valor". Incluso al iniciarse en serio la discusión de este problema, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, el detonador fue el experto en ciencias sociales de la escuela vienesa de los positivistas lógicos, que pretendía que el cálculo de la eficiencia de la producción social debería ser hecho *in natura*, es decir, sin ayuda de ningún tipo de tasas variables de conversión entre las diferentes unidades físicas utilizadas. Fue contra esta postura contra la que Ludwig von Mises y algunos de sus contemporáneos (entre ellos Max Weber) desarrollaron las primeras críticas decisivas.

El punto crucial, que hemos de admitirlo, ni siquiera los economistas clásicos, de John Stuart Mill para abajo, entendieron del todo, es el significado universal de las tasas de sustitución variables entre los diferentes bienes. Esta sencilla intuición que nos ayudó al fin de comprender las diferencias entre los precios de los distintos bienes y su carácter variable, empezó a desarrollarse al ser reconocido –no diré “descubierto”, puesto que cualquier campesino lo conocía, aunque no se le alcanzase su importancia teórica- el rendimiento decreciente, de las sucesivas aplicaciones de trabajo y capital a la tierra. Se descubrió después que bautizado como utilidad marginal decreciente, el fenómeno gobernaba también las tasas de sustitución marginal entre los diferentes bienes de consumo. Y, por último, se advirtió que era la relación universal vigente entre todos los recursos útiles, que determinaba tanto su igualdad o diferencia desde el punto de vista económico como su escasez relativa. Solo cuando al fin se comprendió que los cambios en la oferta de los diferentes factores de producción –o medios de satisfacción- determinaban las variaciones en sus “tasas de sustitución marginales” –es decir sus tasas de equivalencia temporales, determinadas por la situación del momento y a las que esas cosas deben ser marginalmente sustituibles en todos sus posibles usos si queremos obtener de ellas cuanto pueden dar de sí- se entendió plenamente que no podía haber un cálculo eficiente sin unas tasas de equivalencia –o de sustitución marginal- conocidas. Y solo cuando al fin se vio que, mediante los precios del mercado, esas tasas de equivalencia- en todas sus innumerables aplicaciones, casi siempre solo conocidas por algunas de entre las muchas personas que querían utilizarlas- podían convertirse en las tasas a las que dos bienes cualesquiera son intercambiables, y en consecuencia, sustituibles en cualquiera de sus mil usos, llegó a comprenderse la indispensable función de los precios en una economía compleja.

Fue la comprensión de ambas funciones, la que desempeñan en el cálculo las tasas de equivalencia variables entre sujetos físicamente definidos, y en la comunicación los precios, que combinan en una señal única toda la información que sobre las circunstancias del momento posee un gran número de personas, lo que acabó por convencer a cuantos eran capaces de seguir el argumento de que en

una economía compleja el cálculo racional solo es posible referido a valores o precios, y que esos valores solo pueden guiarnos si reflejan como lo hacen los formados en el mercado, todo el conocimiento de los vendedores o consumidores potenciales acerca de la posible utilidad y la escasez o abundancia relativa de los distintos bienes.

La primera reacción de los teóricos socialistas, cuando ya no pudieron negarse a admitir este hecho, fue sugerir que el organismo planificador determinase los precios mediante el mismo sistema de actuaciones simultáneas empleado por los economistas matemáticos para intentar explicar los precios del equilibrio del mercado, e incluso, sugirieron que Wieser, Pareto y Barone, habían señalado hacia tiempo tal posibilidad. Pero lo que en realidad habían hecho esos tres autores, era decir lo que los planificadores socialistas tendrían que intentar hacer para igualar la eficiencia del mercado, y no cómo podrían hacerlo. E incluso Pareto había dejado bien sentado que el sistema de ecuaciones simultáneas, cuyo desarrollo le hizo famoso, solo pretendía mostrar el modelo general (como ahora diríamos), pero nunca podría ser utilizado para determinar precios concretos ya que a la autoridad central le era imposible reconocer la multitud de hechos que guiaron los aspectos individuales mediante los cuales esas personas suministraron información al mecanismo de comunicación que llamamos mercado.

Así fracasó el primer intento de responder a las críticas de Mises y otros. El siguiente paso, en virtud del cual suponen algunos que Oscar Lange y otros colegas han refutado a Mises, consistió en diversos intentos de abandonar en mayor o menor medida la idea de la planificación central y recurrir de nuevo al mercado, bajo el nombre de "competencia socialista". No necesito insistir en el enorme revés intelectual que esto supone para quienes durante tanto tiempo ensalzaron la incomparable superioridad de la dirección centralizada, sobre el "caos de la competencia". El nuevo intento suscitaba problemas también nuevos y de un carácter muy diferente, pero no podía superar dos dificultades cruciales: mientras todo el equipo industrial pertenezca, como el resto del capital a la "sociedad" –es decir, al Gobierno- las autoridades socialistas no podrán permitir que la competencia, el mercado, decida cuanto capital ha de tener cada empresa o en qué riesgos se permitiría incurrir a

su director, puntos ambos decisivos para que un mercado pueda funcionar adecuadamente: pero si de algún modo se permite al mercado funcionar libremente, el Gobierno no podrá hacer nada para conseguir que la remuneración que el mercado dé a cada partícipe corresponda a lo que esa autoridad considera socialmente justo. Y da la casualidad de que ésta y no otra es la meta de la revolución socialista.

8

Las respuestas a las cuestiones de que venimos ocupándonos no dependen de juicios de valor, salvo la primera, en la que dimos por supuestos ciertos valores que, como la libertad y la responsabilidad personales, podemos suponer comparten todas las personas con la que nos interesa discutir estos asuntos. El problema fundamental fue siempre si el socialismo podría conseguir lo que prometía, y esta cuestión es, por supuesto puramente científica, aun cuando la respuesta pueda depender en parte de aspectos en los que no podemos demostrar estrictamente lo acertado de nuestra solución. Pero las conclusiones a que hemos llegado son en todos los casos puramente negativas. En el aspecto ético, el socialismo no puede sino destruir las bases de toda moral, que son la libertad personal y la responsabilidad; en el plano político conduce más pronto o más tarde al gobierno totalitario; y en el material supondría un gran obstáculo para la producción de riqueza, si no provoca un auténtico empobrecimiento. Todas esas objeciones fueron hechas hace ya mucho tiempo sobre bases puramente intelectuales, y han venido siendo desde entonces profundizadas y decantadas. En cambio, no ha habido ningún intento serio de refutarlas racionalmente.

Lo más sorprendente en el tratamiento de estos problemas por la mayor parte de los economistas profesionales es su afición a andarse por las ramas. Uno pensaría que lo más importante es calibrar la eficiencia y la idoneidad relativas de los diferentes sistemas económicos en función del bienestar general. Pero ellos han huido del tema como si temiesen mancharse las manos al ocuparse de "cuestiones políticas" y lo han dejado en manos de los especialistas en "sistemas económicos", que llenaban sus manuales con el relato de añejas dis-

cusiones, evitando cuidadosamente tomar partido. Era como si el hecho de haberse convertido el problema en objeto de disputas políticas, condenase al silencio a unos científicos seguros de poder refutar definitivamente al menos algunos de los argumentos de una de las partes. Esta especie de neutralidad no me parece discreción, sino cobardía, y ya es hora de proclamar a voz en cuello que todas las bases intelectuales del socialismo se han derrumbado.

Admitiré que, tras esperar en vano durante treinta y cinco o cuarenta años, una respuesta intelectual sería a las objeciones suscitadas por las propuestas socialistas, comienzo a impacientarme. Puesto que he sabido siempre que el campo socialista cuenta con buena voluntad, he procurado tratar sus doctrinas con mesura; pero ya es hora de proclamar que intelectualmente, los fundamentos del socialismo son una absoluta vaciedad, y que la oposición a ellos no se basa en diferencias de valores ni en prejuicios, sino en argumentos lógicos que nadie ha refutado. Es algo que es preciso decir abiertamente sobretodo en vista de que las tácticas más frecuentemente empleadas por sus partidarios desdeñan las objeciones sustanciales y prefieren impugnar los motivos y hacer sospechar de la buena fe de los defensores de lo que ellos llaman capitalismo. Pero desviar la discusión sobre la verdad de una creencia hacia los motivos de quien la sustenta, me parece la mejor prueba de lo frágil de su postura. Con gran frecuencia la contracrítica socialista parece tener más interés en desacreditar al autor que en refutar sus argumentos, o al menos en tratar de convencer a los jóvenes de que no deben tomarse en serio. Es indudable que en esta técnica han alcanzado una cierta maestría. ¿Qué joven se interesará por un libro que, como sucedió con mi *Constitution of Liberty*, un progresista británico, profesional de la ciencia política, la presenta como "uno de esos dinosaurios que aún surgen de vez en cuando, al parecer inmunes a la selección natural?" Se diría que su máxima es: si no puedes refutar los argumentos. Difama al autor. Por lo visto, esos intelectuales de izquierdas no parecen dispuestos a tener en cuenta ni la mera posibilidad de que lo que va contra sus ideas sea legítimo, de buena fe e incluso verdadero, dado que eso podía significar que ellos son los equivocados.

No cabe duda de que las diferencias políticas se basan con frecuencia en valores últimos sobre los que la ciencia no tiene nada qué decir. Pero

las diferencias cruciales que, al menos hoy, separan a los intelectuales socialistas -que al fin y al cabo son quienes han inventado el socialismo- de sus oponentes no son de esa clase. Se basan en divergencias intelectuales que, entre personas no atadas irremisiblemente a un vago sueño, pueden ser dirimidas por criterios también intelectuales. Nunca he pertenecido a un partido político y a mis amigos les sorprendió incluso que hace ya mucho tiempo creyese necesario explicar por qué no soy un conservador. Pero puedo decir honradamente no solo que fue la simple comprensión de la naturaleza de los problemas económicos de la sociedad lo que me convirtió en antisocialista radical, sino que estoy orgulloso de ello y convencido de que, como economista, puedo hacer más por mi prójimo explicando las razones que tengo para serlo, que de ninguna otra manera. Antisocialismo significa aquí oposición a toda interferencia directa del Gobierno en el mercado, sea en interés de quien sea.

Esto no supone preconizar el *laissez faire* -otra de las palabras tópico que con frecuencia sustituyen a los argumentos- porque el funcionamiento del mercado exige un marco de normas apropiadas dentro del cual opere sin tropiezos. Hay fuertes razones para desear que el Gobierno preste, al margen del mercado, ciertos servicios que por una u otra razón el mercado no puede ofrecer. Pero el Estado nunca debe tener el monopolio de ninguna de esas actividades, y menos aun el del correo, la radiodifusión y la emisión de la moneda.

9

Hay algunos indicios de vuelta a la cordura, pero las perspectivas no son muy esperanzadoras. Se habla mucho de países que se vuelven ingobernables, pero pocos parecen darse cuenta de que la raíz del problema está en el afán de gobernar demasiado, y menos aún hasta qué punto ha calado ese mal en las instituciones vigentes. El socialismo necesita para sus propósitos un gobierno con poderes ilimitados, y lo ha conseguido. En ese sistema, cada grupo recibe no lo que la mayoría cree que merece, sino aquello a lo que él mismo cree tener derecho y que se convierte de ese modo en el precio a pagar para que la mayoría no deje de serlo. La democracia omnipo-

tente conduce fatalmente al socialismo, pero de una especie que nadie había previsto y probablemente nadie desea: una situación en la que tanto cada diputado como la mayoría gobernante deben esforzarse por corregir cuantas "injusticias" se aleguen, por gratuitas que puedan ser esas pretensiones. Lo que decide la distribución de la renta no es la estimación de los méritos respectivos por una mayoría, sino el poder de personas y grupos para obtener ventajas del Gobierno por vía de extorsión.

Lo paradójico es que el Gobierno todopoderoso que el socialismo necesita debe, para ser democrático, tratar de remediar toda insatisfacción y acabar con la insatisfacción significa dar a cada uno lo que pide. Pero no hay sociedad viable que pueda dar a todos lo que creen merecer. Una sociedad en la que ciertas personas puedan utilizar el poder para extorsionar aquello a lo que creen tener derecho puede ser muy incómodo para los demás, pero al menos será viable; pero una comunidad en la que todos se organizan para obligar al Gobierno a ayudarles a conseguir lo que quieren se destruye a sí misma. En cualquier orden social imaginable habrá siempre alguien que se crea tratado injustamente; pero las situaciones que permiten a los grupos descontentos obligar a que sean satisfechas sus exigencias, a que les sean reconocidos sus supuestos "derechos", hacen una sociedad inmanejable.

No hay límite para los deseos que un gobierno democrático ilimitado está obligado a intentar satisfacer. Contamos incluso con la opinión de un destacado político laborista inglés, que considera su deber remediar "cualquier insatisfacción". Pero no sería justo reprochar excesivamente a los políticos su incapacidad para decir no. En la situación actual, quizás un líder de excepcional arraigo pueda permitirse hacerlo de vez en cuando; pero el diputado ordinario no puede dar muchas respuestas negativas, por injustas que sean las demandas, si quiere ser reelegido.

En una sociedad cuya riqueza descansa en la rápida adaptación a circunstancias continuamente cambiantes, el individuo solo será libre para decidir la dirección y el sentido de sus actos si la recompensa depende del valor de los servicios prestados. Si su renta está determinada políticamente, pierde no solo el incentivo sino también la posibilidad de

saber qué hacer por los demás. Y si no puede saber por sí mismo lo que ha de hacer para que sus servicios sean valiosos para otros, habrá que ordenárselo. Desilusión, adversidad y esfuerzo constituyen una disciplina a la que no solo han de someterse la mayoría de los miembros de cualquier sociedad, sino que es deseable experimente toda persona capaz. Lo que en una sociedad libre mitiga esas pruebas es que no las impone la arbitrariedad de nadie, sino que su incidencia la deciden un proceso impersonal y una suerte imprevisible.

Creo que basta una dosis moderada de socialismo para que la mayoría de la gente reconozca que es preferible que nuestro bienestar y nuestro status dependan del resultado del juego del mercado y no de la voluntad de un superior al que hayamos sido asignados por vía de autoridad. No obstante, la tendencia actual hace probable que antes de que se extienda esa convicción las instituciones políticas vigentes se derrumben por efecto de la excesiva tensión a la que están siendo sometidas. A menos que la gente aprenda a aceptar que muchas de sus quejas son injustificadas y no les conceden derecho alguno sobre el prójimo, y que en el mundo en que vivimos el Gobierno no puede cargar con la responsabilidad de hacer que éstas o aquellas personas vivan mejor o peor, será imposible construir una sociedad decente. Serán los socialistas más tocados de idealismo quienes se verán obligados a acabar con la democracia en aras de su utopía. Las tendencias actuales apuntan a la aparición de masas cada vez más ingentes de personas de cuyo bienestar y status el gobierno se ha responsabilizado de forma ineludible y cuya rebelión, cuando no se les pague bastante o se les pida demasiado a cambio, tendrá que ser dominada con el látigo y la metralleta por los mismos que pretendían ser fieles servidores de sus deseos.



ISBN: 978-980-7118-73-6



9 789807 118736